

VUELTA a ESPAÑA 2002

Olimpo de pasiones

Ni la «tormenta del siglo» ni la niebla frenaron a decenas de miles de aficionados, que, con su apoyo, sus banderas y sus pancartas, convirtieron el Angliru en un santuario para rendir culto a los ciclistas

La Vega (Riosa),
Pedro RAMOS

Riosa, Olimpo del ciclismo. Así rezaban los carteles promocionales de la épica jornada vivida ayer en la cima riosana. En efecto, la cumbre mítica de la Vuelta es un Olimpo destinado a esos dioses capaces de subir en bicicleta y no morir en el intento. Es un olimpo de pasiones donde el aficionado demuestra su apoyo a este durísimo deporte. Hay que tener mucha pasión por el ciclismo para emprender una peregrinación de horas y sudor caminando cuesta arriba hacia el cielo de Asturias.

Los prados que arrojan la serpenteante y empinada carretera al cielo de Riosa acogían desde hace días gente llegada de todos los puntos de España y el extranjero. Ayer, desde muy temprana hora de la mañana, la riada humana sobrecogía. Carretera arriba miles de personas se armaron de paciencia para emprender el camino. La gran mayoría, a pie. Los más valientes, en bicicleta. Faltaban horas para la llegada de los ciclistas y el Angliru tenía el mejor ambiente ciclista jamás visto en una etapa de la Vuelta. Récord de público, con unos cien mil espectadores, según calculaban oficiosamente los miembros de la Guardia Civil, a lo largo de los 12,5 kilómetros de espectacular subida.

Los aficionados notaban en propias carnes lo que es esta montaña. Camisetas empapadas de sudor por el esfuerzo. Caras rojas por el sofoco. Y sin desfallecer. Hacia arriba. Incluso una madre tiraba del carrito con su bebé. «¡Dios mío!, qué locura. ¿Qué placer se puede encontrar en tanto sufrimiento?», debía de pensar aquella minúscula criatura que a los pocos meses de vida ya estaba enganchada sin saberlo al embrujo del ciclismo.

Los que llegaban a su mirador escogido —Viapará y La Cueva— eran los favoritos para la concentración de gente— colgaban las camisetas del sinfín de vallas colocadas para respetar el paso de los ciclistas. La buena climatología a esas horas permitía refrescar el cuerpo y al tiempo secar la ropa empapada de sudor. Quedaban todavía tres horas para el espectáculo. O quizás el espectáculo eran ellos mismos. Pancartas, banderas y pintadas en la carretera indicaban que estos aficionados saben cómo rendir culto a los ciclistas. Bocado e incluso barbacoas —hay gente preparada para todo, sobre todo los vascos, que en esto de conjugar el buen comer con el ciclismo son auténticos expertos— completaban el mosaico a la espera de los corredores.

A las cuatro de la tarde la niebla pasó de ser una amenaza a



La impresionante «riada» humana baja empapada por las empinadas cuestas del Angliru, en la Cuesta les Cabanes.

LUISMA MURIAS / F. J. C.



Tres cicloturistas pasan ante una bandera de Asturias camino de meta.

LUISMA MURIAS / F. J. C.



Un aficionado escancia un culín de sidra para unos músicos, en la meta.

LUISMA MURIAS / F. J. C.

convertirse en una realidad. Y minutos después hizo acto de presencia la lluvia. Al principio fue un aviso. Luego se desató la «tormenta del siglo». Ni la niebla ni el agua pudieron con los aficionados. ¿Qué sería de aquel bebé que iba en carrito? Aguantar en esas condiciones tiene tanto o más mérito que subir el Angliru en bicicleta. De ahí que la leyenda sea real. El Angliru es un Olimpo

de pasiones. Un santuario para rendir culto a los ciclistas.

Si dura fue la subida (por el sofoco) y también la estancia (por la lluvia, la niebla y el frío), más dura aún fue la bajada.

Calados hasta los huesos y con el sabor agrídulce de haber vivido una jornada épica que pudo ser redonda con sol, decenas de miles de personas iniciaron el descenso a pie hasta Riosa o La

Foz de Morcín. Atrás quedaban las huellas de la batalla.

Cartones silueteados con la forma de una mano que se habían repartido como publicidad de una bebida refrescante formaban una simbólica alfombra roja en las márgenes de la carretera. Mucha basura: bolsas, botellas e incluso restos de comida. Vallas caídas. Algunas pancartas publicitarias rotas. Operarios retirándolo todo.

Y gente, mucha gente, carretera abajo y caminos de atajo, por los prados, abajo. Las mochilas ya no iban tan llenas. Había que aligerar peso. El esfuerzo fue muy duro. La tormenta lo había multiplicado. Pero las emociones vividas compensaban todo. Otro año seguro que vuelven. Si el Angliru se vive a tope con lluvia, puede ser el «no va más» si esta colosal etapa coincide con una jornada soleada.